

LA GRACIOSA

Fuente: Agustín de La Hoz

Cruzar el brazo de mar que forma El Río, entre Lanzarote y su isla Graciosa, es como ir por sobre apacible laguna, pero con las ventajas de un paisaje Marino inolvidable, porque todo el sabor del mar se respira y, además, porque estos apartados rincones tienen mucha historia. Según avanza la embarcación parece que el aire deja en la boca de uno un gustillo a ostras, haciendo que la lengua se nos mueva como si el propio jugo del preciado marisco resbalara por la garganta. Las «buenas mareas», que en épocas invernales saben guardar avaramente su tesoro, muestran ahora por los acantilados apetitosos manjares, sin tasa e incluso sin peligro, dispuestos siempre al degusto del visitante tal cual sale de la mar. Por las orillas del río se dan las famosas centollas, que tienen dentro de los buches un rico caldo de aromas marinos, y un sabor tan suave como el de las «clacas» de Punta de Fariones. Las aves náuticas pregonan sin descanso la abundante comida que la naturaleza prodiga por estas inmediaciones, rincón de mar antiguo que, a veces, toma un carácter sorprendente, cual solitario paraje desconocido y grandioso:

*«Calma y serenidad, dulce concierto
de cuantas fuerzas en el hombre moran...»*

Después de haber recreado la vista en la atalaya lanzaroteña, que semeja enorme palio de piedra, incalificable de bonita, cuyo pie tiene orla blanca y su mole cresterías majestuosas, se llega al pequeño muelle de la Graciosa, en la Caleta

del Sebo, que relumbra sol por sus cuatro costados. El caserío de la Caleta del Sebo es una estirada fila de cubos blanquísimos, muy típicos y atrayentes, con sus hombres endilgados de mahón impecable y sombreros de palma conoidales, enjutos y curtidos por la pertinaz garúa, y sus mujeres de anchas caderas haciendo mil equilibrios para llevar inmóviles las cestas de pescado sobre los rolos de sus cabezas, éstas tocadas asimismo por sombreras de trenzada palma, pero de alas caídas y más anchas.

El nombre de la isla Graciosa, dice Torriani, fue impuesto por don Juan de Bethencourt, a quien le pareció graciosa cuando la avistó en 1402. Y es el ingeniero italiano, especial enviado de Felipe II, quien afirma que en la Graciosa representó Torcuato Tasso a Reinaldo encantado por la reina-bruja Armida, cuyo nombre toma una montaña que está al poniente de la isla¹. Respecto al citado pasaje de «La Gerusalemme Liberata», XV, 42, reproducimos la traducción:

*«En una de las desiertas hay un lugar retirado,
donde la costa se encorva y manda fuera
dos largos cuernos, y entre ellos oculta
una amplia bahía, y hace puerto un peñasco
que está cara a la costa y vuelto de espaldas al mar
y repele y parte las olas que vienen del piélago.
Por ambos lados se alzan como torres
dos riscos que parecen hacer señal a los viajeros.»*

Al parecer la bruja Armida prefirió su escondite de la Graciosa a la placidez y retiro del lugar, cosa que Torcuato Tasso corrobora en su cp. XV, 43, diciendo que:

*«La dama en tan solitaria y quieta parte
entró, y recogió las velas tendidas».»*

El joven Reinaldo, guerrero predestinado, sin el cual no será posible la empresa de los Cruzados respecto a la liberación del Santo Sepulcro, desaparece del campo cristiano raptado por la bellísima Armida, bruja pagana que, si en otro tiempo fue su mortal enemiga, ahora está totalmente enamorada del soldado de Cristo, y se propone alejarlo de su divina misión con el fin de gozar con él un amor único en el más apartado rincón de la tierra. En la Graciosa, la bruja Armida supone que nadie llegará para arrebatarle a su enamorado, y descuida, en parte, sus poderes de encantamiento. Tiene en cuenta Armida que las olas del mar tenebroso continuarian impunes a la mirada de los navegantes, que por ninguna causa osarían pasar la misteriosa barrera del Océano. Mas, afanosa Armida de alejar de sí cualesquier peligro capaz de desfavorecer la felicidad que vivía con su enamorado, multiplicaba cada vez más las defensas de la isla Graciosa, que

ya tenía un dragón y un león encargados de vigilar los accesos costaneros y entrada del palacio y jardín. Para asegurarse más aún, creó una fuente de agradable son, como aquel canto fatal que atría a Ulises, cuyas aguas, tan pronto eran tocadas por persona alguna, hacíanla estallar de risa hasta la muerte². La respetable antigüedad del poeta Tasso, nos indica que su época no sólo conocía la existencia de las siete islas mayores, sino también que supo de tres menores deshabitadas, y en una de éstas, la Graciosa, sucede la fantástica, pero conmovedora historia de la reina-maga Armida y de su enamorado Reinaldo.

El descubrimiento de América fue causa de popularidad para la Graciosa, pues las naves españolas, inglesas y francesas, que acostumbraban a dar la vuelta por este océano, echaban anclas enfrente de la isla encantada, de la que acaso conocían la descripción que el Tasso hiciera en su poema inmortal. Tales nautas, los más piratas y aventureros, desembarcaban en la Graciosa, por los siglos XVI y XVII, con el fin de limpiar los fondos de las embarcaciones, o arrancharlas debidamente, antes de adentrarse en la mar océana. Tenían como otero principal la montaña de Armida, donde hacían observaciones para divisar alguna posible nave inoportuna, o para capturar los pequeños barcos de cabotaje interinsulares, que entonces iniciaban su comercio³. Los isleños, a la recíproca, una vez comprobada la presencia de piratas en la Graciosa, cruzaban de noche El Río⁴ y asaltaban los navíos, no sin hacer la correspondiente matanza y botín de las mercancías, productos en general procedentes de las naos de Indias y de otras muchas partes de África, donde solían atacar aquellos desalmados.

La continuada presencia de aventureros en la Graciosa ha dado pie para que el vulgo afirme que en esa isla existieron varios tesoros escondidos, hasta el punto que ha habido multitud de excavaciones con el fin de hallar tales fortunas. Hasta 1820, asegura la tradición, se distinguía en la fabulosa montaña de Armida cierta señal que indicaba el lugar donde un famoso corsario había enterrado su personal tesoro. En la actualidad tal señal no existe, aunque hay quien cree que su misteriosa desaparición se deba, acaso, a alguien que en secreto rescatara dicha fortuna. Empero, los pescadores de la Graciosa, que son serios en extremo, continúan creyendo en las importantes riquezas escondidas por los piratas que antaño enseñorearon la isla.

La Caleta del Sebo, la capital de la Graciosa, está sobre una extensa playa de arenas blancas, moteada de matos, por la que da gusto ver la bíblica estampa de los dromedarios, cansinos y basculantes, con sus sillas de cruz, tras los cuales van el perro invariablemente, la lengua fuera, y las mujeres entre los animales, también cargadas con hatos de leña sobre las cabezas. Al fondo del arenal se alzan las Agujas Grandes, y hacia el levante las Agujas Chicas, monumentos de escorias lávicas que precedieron a la formación de la isla.

En la Caleta del Sebo⁵, vemos hacer unas operaciones que, al parecer, han precedido en muchos años a multitud de reglamentaciones sociales. Porque en

la Graciosa la pesca se hace por zafras, saliendo los barquillos a la mar regularmente cada día, caso de no ser interrumpidos por malos tiempos, y los cotidianos productos de la venta se depositan en un arcón que guarda la anciana más caracterizada. Al cabo de la zafra pesquera se procede, previa convocatoria de los marineros, al reparto proporcional de los dineros acumulados en el fondo de la arqueta. En torno a la anciana hay seis hombres, un mocetón y un grumetillo muy niño todavía. La vieja, forrada su cara por pañuelo impecablemente blanco y tocada por clásica sombrera de palma, inicia el reparto, haciendo del dinero diversos montones: cantidades iguales para los adultos y para la conservación y entretenimiento del barquillo; montones equitativos, pero desiguales, para el muchacho y el niño...; Y hay más encanto aún! Montones de dinero, en proporción, para los compañeros que están enfermos y que no pudieron ir a la mar; otro montón para el desgraciado aquél, cuya naveccilla zozobró a manos del temporal, y de ese modo contribuyen los compañeros a su recuperación. ¡Y por último, la más conmovedora escena, cuando todo está repartido y cada uno de su particular montón acerca al del enfermo unas monedas para ayudarle a la adquisición de las medicinas. ¿Es, o no, esto previsión social? La Graciosa practica ese culto a la caridad desde que su humanidad existe...

Que la isla Graciosa merece el sobrenombre de «la de las buenas costumbres», bien claro ha quedado expuesto, pero aún se puede abundar en dicho sentido: cuando un pescador se conquista a una chica casadera, comienza a construir su casa que, tarda en terminar dos años y, a veces, hasta una decena de ellos. Entretanto, los novios se muestran pacientes, aunque se miren sedientos y melosos, porque saben que sus vecinos, en día de temporal, cuando no pueden salir a la mar, les ayudarán en la construcción del nuevo hogar, y unos les traen piedras, otro el cemento, el hierro, materiales todos transportados desde el puerto de Orzola. Mas, las mujeres, con la novia, se van por la Punta de la Sonda, rebasando el pueblecito de Pedro Barba, hasta la playa del Ámbar y la abrupta costa de Majapalomitas, para «costiar»⁶ por ver si la mar arroja alguna madera con que hacer puerta o ventana, siendo en ocasiones muy favorable la suerte.

Por la costa de la Graciosa se ven grandes cantidades de gaviotas y pardelas, que evolucionan en un cielo despejado y azul, como si con ello hicieran tregua con las olas, encalmadas y silenciosas. La pardela es un aveccilla marina de menor tamaño que su congénere la gaviota, y su carne es muy apreciada por los campesinos lanzaroteños, además de que dicha palmípeda produce excelente grasa. En 1652 vemos cómo tal grasa es bien pagada para encender candiles y para engrasar los obenques de los barcos, que la demandan por su buena calidad. Sus huevos los ponen en agujeros o covachas de las rocas y para capturarlas los pescadores tienen gran destreza, pues les basta unas varillas que introducen en las cuevas, haciéndolas girar rápidamente hasta que el ave se enreda y sale prendida por sus alas.

En la Caleta del Sebo todavía se ven las ruinas de la poderosa empresa «Pesquerías Canario-Africanas», que hacia 1885 dio pauta a los famosos toneleros de Lanzarote, maestros indisputables de la «pipa» tan generalizada hoy. Se dice que la factoría quebró por obra y gracia del campante Silva Ferro, capitán retirado, que dio la puntilla a los accionistas, entre los que se encontraba el doctor Rubio Gali, el primero que en España ejecutó la operación de la ovariotomía. Dicho gerente y demás compinches, con tal de dar gusto al paladar, enviaban barcos al Puerto de la Luz en busca de cerveza, sin reparar en gastos ni sentir escrúpulo de clase alguna. Un individuo leal a los propietarios se propuso informarlos, pero no llegó a puerto... porque un temporal se lo tragó *per secula seculorum*, cuando paseaba sobre la cubierta del pesquero en que navegaba rumbo a Cádiz⁷.

Llegar a la aldea de Pedro Barba, es repetir la visión que de la Caleta del Sebo tenemos, porque estos dos únicos pueblos de la Graciosa son iguales, como dos gotas de agua, humana y espiritualmente. Las costumbres son las mismas e idénticos sus sentimientos. Lo que sí choca es el nombre del caserío, alegre y blanco, como zureante paloma. Don Pedro Barba de Campos, almirante español, llegó a la Graciosa en 1418 para detener a Maciot de Bethencourt, acusado de vender indebidamente las Canarias⁸, y por orden del conde de Niebla, que a su vez obedecía las consignas dadas por doña Catalina, madre de don Juan II. Las naos que amarraron en El Río fueron tres, pero sin aparato bélico, y sí pacíficamente como quien llega en cumplimiento de un acto de servicio, acabado el cual probablemente el Rey de Castilla aceptara la venta y, por lo tanto, la incorporación de Lanzarote y Fuerteventura a la Corona⁹. Casi todos los historiadores de las Islas Canarias hasta Viera y Clavijo consideran a Barba de Campos como Tercer Señor del Archipiélago, pero hoy eso ya no se acepta debido a la luz que eruditos posteriores han proyectado sobre ese empeño histórico¹⁰. La figura de don Pedro Barba fue en su tiempo tan notable, que Cervantes lo cita en el «Quijote», cap. 49, 1.^a parte. Murió ya anciano en el Puerto de Santa María, donde fue enterrado en el convento de la Merced, acaso por sus méritos de ajustador, siendo entonces necesaria la defensa de su tumba porque la gente pía llevábale la tierra de su última morada.

La isla de la Graciosa tiene además la playa de Las Conchas, tópico debido a la enorme cantidad de conchas marinas que hay sobre sus finísimas arenas, que se extienden desde Punta Gorda hasta Los Dioses, todos lugares pintorescos y exóticos, con sus plantaciones de cebada, amillaradas con la equidad más hermosa del mundo:

*«Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria muda, desalada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la Razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto».*

Todo en la Graciosa es como un milagro, porque a santidad y taumaturgia huele el caserío, y los hombres, y las mujeres... Los barcos, que a toda horaandan por el mar, siempre están como recién estrenados, lustrosos y dispuestos, porque por un sentido ancestral de la limpieza la gente de la Graciosa, pese al abundante acopio y al intenso laboreo, consigue que cuantas cosas le rodeen sean puras y limpias, como la noble estirpe de sus corazones.

Quizá, para salvar tanta belleza, el valiente y decidido Marqués de Lanzarote, don Agustín de Herrera y Rojas, hiciera merced de esta isla al patrimonio insular hace ahora cuatrocientos años.

NOTAS AL CAPÍTULO

1. Siempre se llamó Armida, aunque haya degenerado en «Amarilla», nombre que vemos en mapas y en boca popular.
2. Pomponio Mela: *De situ orbi*, III, 11, menciona la existencia en Las Afortunadas de una fuente que hace reír.
3. El siglo XVI es muy comercial para Lanzarote, que exporta a las Indias vino, carne, pescado y pez para las naves, según indicara Torriani en 1587.
4. Entonces la islita estaba deshabitada, y sólo en 1898 llegó a contar con 30 pescadores que, eventualmente, vivían en chozas. Anteriormente, en 1888, don Antonio María Manrique se había trasladado a Madrid con el objeto de que el Gobierno le consintiera, de propia cuenta, poblar la isla Graciosa.
5. Acaso el tópico le venga a dicha Caleta de la abundante grasa de pardelas y de cachalotes.
6. Costumbre arraigada en todas las costas lanzaroteñas.
7. En 23 de agosto de 1876 fue otorgada la concesión de pesquerías en la Isla Graciosa a don Ramón Silva Ferro y, por R. O. de 23 de julio de 1899 se dispone la caducación de dicha concesión.
8. Es éste un punto oscuro respecto al cual los historiadores no acaban de ponerse de acuerdo.
9. La escritura se celebró en 15 de noviembre de 1418.
10. Además lo demuestra la información de Pérez de Cabitos y el testimonio de Ortiz de Zúñiga (Lib. X, pág. 319).